

MELQUIADES

Por Dani Umpi



La frontera está cerca o lejos. Va variando. A veces conviene comprar en un lado, otras en otro.

Nuestro pueblo quedaba en el medio del campo y las cosas se tomaban su tiempo en llegar a estar al alcance. Todo era caro y viejo. Los contrabandistas aparecían a cada rato, no siempre baratos. Con mis padres teníamos un gran preferido, Melquiades.

Venía en vacaciones de invierno con mariposas amarillas alrededor y relucientes valijas con rueditas, novedosas, futuristas, automovilísticas, llenas de mercadería. Arrastraba su negocio ambulante por el pedregullo, espantando gallinas y lo exhibía como un tesoro en el living de La Parienta. Caíamos de a poco. Nos trataban como familiares. Una gran clientela, casi secreta.

Íbamos en auto, superabrigados, hasta un barrio desconocido. Llegábamos a lo de La Parienta espantando gallinas, atravesando el portal con perfume a estufa a leña y plástico. Nos servían pizza y Coca Cola. Nos perdíamos en el living atiborrado de misterios embolsados, ropas en todos los talles, equipos deportivos, artículos escolares, lencería, azúcar, yerba, cds truchos con música o pornografía. El futuro se infiltraba en cada oferta de Melquiades, una minúscula salida al mar, al mundo exterior. Convenía y era un show.

La primera persona con tatuajes que vi en mi vida. Lo esperábamos en una atmósfera de misterio. Un superhéroe recorriendo pueblo tras pueblo, robando toallas de hoteles, levantando y distribuyendo pedidos especiales, oportunidades, anécdotas y saberes que nos hipnotizaban. Porquerías. Difícil acertar en la compra. Nos dejábamos llevar. No paraba de hablar, de ofrecer maravillas, linos italianos, chismes, secretos sexuales propios o de conocidos. No temía las distancias ni los límites, las coimas. Grandes aventuras que incluían siempre algún detalle sórdido, extraterrestre, extravagante. Es así como se consigue captar la atención, mirando a los ojos. Mis padres no sabían qué hacer, si dejarme escuchar o no.

Nunca supimos si La Parienta era su prima o una amante. Estaba tan pendiente de su relato como nosotros y, cada tanto, Biblia en mano, citaba proverbios, sabidu-

rías escritas. Le recordaba que él tenía que seguir el legado de Melquisedec, un antiguo rey de Jerusalén. Él le recordaba que su nombre era Melquiades, nada que ver, y entraban en una discusión religiosa que poco entendíamos pero nos hacía comprar más y más con tal de verlos, de escucharlos. Estábamos fascinados. Comprobamos noticias, posibles lazos familiares con gente de otros pueblos que seguramente eran nuestros parientes, gente que jamás conocimos. Difundía secretos de otros clientes, otros contrabandistas. Algunos huían o buscaban el amor, el mejor lugar para vivir. Decía que nuestro pueblo era ideal en varios sentidos, un lugar soñado. Justo él, que conocía los rincones de las grandes ciudades, agitadas, chillonas, llenas de oportunidades y tecnologías, elogiando un punto perdido en el medio del campo.

Es una forma de vivir. Acarrear electrodomésticos específicos. Romper corazones. Aprender brujerías, curar la culebrilla. Un trabajo sacrificado, desafiando restricciones y normas, a la deriva, con pilas alcalinas, tangas en la frontera de lo legal. Cada vez que me veía me encontraba más grande y lleno de posibilidades. Evaluaban con mis padres posibles profesiones que me vendrían bien en el futuro. Entrenador deportivo, profesor. “Tenés cara de que te va a gustar viajar”, adivinaba. Conocía el destino cercano de la humanidad, podía leer las estrellas, predecir mi futuro, mi vocación, mi profesión, lo mejor para mí.

Para vivir en cualquier sitio hay que tener una valija con rueditas que incluya siete cambios de ropa. Siete días de la semana. Siete pares de medias, siete camisetas, siete calzoncillos. Ante cualquier duda recurrir a ese número. Su gran enseñanza.

Melquisedec, el representante del Dios vivo, con una sabiduría sin principio ni fin, era un mensajero, un mediador entre nosotros y los dioses, que nos enseñaba a explorar las posibilidades más allá de las barreras de la ley o la verdad. Lo clandestino operando en las sombras. La Parienta hablaba sin mirarnos a los ojos. Por eso no se le entendía mucho.

El pueblo fue azotado por gripes y resfríos. Demasiado calor. Demasiado frío. Melquiades también vendía su

brebaje sanador preparado con yuyos de todos los pueblos. Me limpiaba los pulmones. Me decía que algún día yo iba a ser como él, que cuando conociera el mar tomara agua por la nariz y así se sanaría mi bronquitis, que no es lo mismo el agua con sal que el agua de mar. En el mar surgió la vida.

Su poción también venía en pomada y, según su dosis, diluida en un té específico, podría convertirse también en un poderoso laxante. Prometía enseñarnos sobre comida macrobiótica en futuros viajes. El futuro será macrobiótico. Nos hablaba de marcianos y fantasmas que visitaban pueblos vecinos y que pronto llegarían. Debíamos prepararnos. La Parienta, por suerte, era evangelista. Nos asustaba la historia del bebé con cola de cerdo comido por las hormigas. Nos volvíamos a casa agotados, sin hablar temblando de frío en el auto.

El problema de los pueblos es que todo se sabe y las mariposas a su alrededor lo delataron. Acompañé a mis padres a declarar a la comisaría. No se lo esperaban. No vimos nada raro aunque todo lo que contaba era raro. No hay nada malo en querer cocinar con aceite de coco, usar jeans de alta tecnología, aprender a curar la culebrilla. No sólo traía víveres y chismes, nos conectaba con el mar, el más allá. En mi familia no se sabía nada de drogas. Jamás sospecharon algo así y cuando vieron las fotos de Melquiades y La Parienta pensaron “¿Con qué necesidad?”. Una tristeza enorme por gente que apenas conocíamos. Es lo que tiene hablar mirando a los ojos. Así se filtran y continúan vivos los saberes.

Nadie cura la culebrilla como yo. Atravieso fronteras con ese saber, entre mariposas amarillas, maravillas, con mi valija con rueditas. Las valijas ahora se venden en cualquier kiosco de cualquier ciudad y, si se rompe, la tiro y compro otra.

Las fronteras están cada vez más cerca y mi cabeza es mi negocio ambulante. Me alumbra en la noche por hoteles de pueblo. Cada tanto encuentro algún niño al que le explico cómo armar una valija y sobrevivir semanas, meses, años, donde sea. Siete. Lamentablemente es algo que a muy poca gente le interesa. No me dan ni bola. No se toman su tiempo.

Dani Umpi (Uruguay). Es un escritor, artista visual y cantante nacido en Tacuarembó, Uruguay, en 1974. Desde hace un par de décadas opera desde un alterego con tintes autoparódicos, híbrido entre la tradición drag y la performance conceptual, con fuerte influencia del Pop Art, la Tropicalia y el Neo Concretismo brasilero de los años

sesenta. Su obra ha sido presentada en exhibiciones individuales y colectivas en Latinoamérica y Europa. Ha publicado novelas, cuentos y libros para niños. Algunos de sus textos fueron llevados al cine y al teatro. En el año 2012, la Feria Internacional del Libro de Guadalajara lo eligió entre los “25 secretos literarios de Latinoamérica”.